



Entrada Libre

Santa sangre. Una entrevista

Ron Rossenbaum-Bernard Bailyn

La siguiente entrevista tiene como centro el libro más reciente de Bernard Bailyn (n. 1922), *The Barbarous Years: The Peopling of British North-America: The Conflict of Civilizations, 1600-1675* (Knopf, 2012). De este historiador estadounidense sólo se conoce en español uno de sus títulos clásicos: *Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana*, traducido por Alberto Venasco y Antonio Lastra Meliá para la editorial Tecnos. Bailyn es editor de *Pamphlets of the American Revolution, 1750-1776* (1965), así como de un documento fuera de serie, *The Apologia of Robert Keayne* (1965), y de los dos tomos sobre *The Debate on the Constitution: Federalists and Antifederalists Speeches, Articles, and Letters during the Struggle for Ratification* (1993). Es además autor de una gran cantidad de estudios, entre ellos: *The New England Merchants in the Seventeenth Century* (1955), *The Peopling of British North America: An Introduction* (1986), *On the Teaching and Writing of History* (1994), *To Begin the World Anew: The Genius and Ambiguities of the American Founders* (2003), *Atlantic History: Concepts and Contours* (2005). Ron Rossenbaum es autor, entre otros, de un minucioso, informado y apasionante estudio sobre el actual estado de la cuestión sobre William Shakespeare, *Shakespeare's Wars*. Tomado de la revista *Smithsonian*, marzo de 2013. Traducción de Antonio Saborit.

Todo es como el gancho de una frase publicitaria, ¿no? El siglo poco recordado (el de 1600 a 1700) que dio inicio con la fundación (y zozobra) del primer asentamiento inglés permanente en el continente americano llamado Jamestown, cuyos peligros

Dando forma, y a veces desfigurando, al carácter estadounidense todo el tiempo. Es una tragedia mayor en la que los destellos de ilustración a duras penas sobreviven el salvajismo, lo que Yates llamó “la sombría marea de sangre”, la brutal creación de la esclavitud, las guerras raciales con los habitantes originales que Bailyn no tiene miedo en llamar “genocidas.”

endémicos presagiaban el fracaso del sueño de un Nuevo Mundo. El siglo que vio a los sucesores de Jamestown —arrasados por las enfermedades, a duras penas civilizados— masacrar y ser masacrados por los habitantes originales, prendidos de las uñas de los dedos en alguna fétida marisma costera hasta que Pocahontas llegó a rescatarlos el día de Acción de Gracias. No, no está bien eso, ¿verdad? Dije que era una frase publicitaria.

Aparece Bernard Bailyn, el mayor de los historiadores vivos de la América temprana. Hoy por arriba de los noventa años de edad y resguardado en Harvard por más de seis décadas, Bailyn publicó hace poco otra de sus síntesis narrativas que han hecho época, *The Barbarous Years*, el cual arroja luz sobre las tinieblas, llena los huecos del lienzo con lo que él ha logrado observar a partir de lo que parece ser el último trozo de la página de un diario en ruinas, a partir de todos los recibos de cautiverio y de las declaraciones de vivos y muertos de las embarcaciones, a partir de los pavorosos sermones sobre el Anticristo que sobrevivieron en los rescoldos ennegrecidos de los templos incendiados.

Bailyn no pinta una imagen hermosa. No por nada le puso por título *The Barbarous Years* y no escatimó detalle alguno relativo al terror, la desesperación, la degradación y la generalización de la tortura —¿sabe usted lo que en realidad significa ser “desollado en vida”? Se arranca la piel de la cara y de la cabeza y se le sacan las tripas al prisionero aún con vida—. Y a pesar de esto, en cierto modo, entre las despiadadas masacres que dieron origen a los rudimentos de la civilización —o al frágil “integumento de la civilidad”, en la evocativa frase de Bailyn— había elementos que cien años después se transformarían en una virtual cultura renacentista, en una desbordante sucesión de colonias autogestivas, eficientes, con una vida desafiantemente expansionista, con una cultura política e intelectual cada vez más sofisticada y culta que se fusionaría con la base para dar origen a la independencia de Estados Unidos. Dando forma, y a veces desfigurando, al carácter estadounidense todo el tiempo. Es una tragedia mayor en la que los destellos de ilustración a duras penas sobreviven el salvajismo, lo que Yates llamó “la sombría marea de sangre”, la brutal creación de la esclavitud, las guerras raciales con los habitantes originales que Bailyn no tiene miedo en llamar “genocidas”, con todos los detalles aterradores que virtualmente se han borrado.

“La verdad, yo no creía que alguien se hubiera puesto a borrarlos”, me dice Bailyn cuando lo visito en su espacioso estudio, lleno de documentos en la Biblioteca Widener en Harvard. Es una persona muy atenta y en admirable buena forma, que se levanta de su silla con agilidad para abrir el cajón de un archivero y mostrarme las copias de uno de sus hallazgos do-

cumentales más preciados: los registros de los años de 1770, escritos a mano, realizados por el gobierno británico, sobre los colonos que se dirigían a América, los cuales ofrecen el nombre, el origen, la ocupación y la edad de los que parten, una de las contadas islas de datos duros sobre quiénes fueron los primeros americanos.

—Nadie se puso a borrar esta historia —dice en tono sereno—, pero está olvidada.

—¿Convenientemente? —pregunto.

—Sí —asiente—. Véase a los “pacíficos” peregrinos. Nuestro William Bradford. Él va a ver el campo de batalla de la Guerra Pequot y se queda impresionado. Dijo: “La peste [de las pilas de cadáveres] era brutal”.

Bailyn se refiere a uno de los primeros y más sangrientos encuentros entre nuestros pacíficos peregrinos, a quienes les gustaba comer pasteles de calabaza, y los habitantes originales de las tierras que ellos querían poseer, los pequot. Sólo que para Bailyn el motivo mercenario es menos relevante que el teológico.

—La ferocidad de esa pequeña guerra es increíble —dice Bailyn—. La carnicería que ahí se dio no se puede explicar porque intentaron adueñarse de un pedazo de tierra. En realidad luchaban contra ese tema central en ellos, la venida del Anticristo.

De pronto siento una corriente del airoso invierno de Nueva Inglaterra entrar al cálido estudio de Bailyn.

El Anticristo. La aterradora figura que presagia el Apocalipsis desde el Libro de las Revelaciones desempeña un papel importante en la explicación que ofrece Bailyn del descenso al incontrolado salvajismo de los colonos europeos. El pasaje clave sobre este tema aparece más adelante en su nuevo libro, cuando Bailyn hace explícita una conexión que yo no había visto antes: entre el salvajismo físico que los radicales colonos protestantes disidentes infligieron en América sobre los habitantes originales y el salvajismo intelectual de sus polémicos ataques a las autoridades de la iglesia y del Estado de las que huían en Europa —y el salvajismo del violento insulto y la repugnante acusación que también se infligieron entre ellos.

“El salvajismo de la lucha [teológica], la amargura de los principales contendientes y la mancha profunda que esto dejó en la memoria colectiva de la región” eran movidos por “miedos elementales propios de lo que se experimentó como un medio bárbaro; miedos sobre lo que podía sucederle a un pueblo civilizado en un ambiente salvaje inimaginable... en el que los hijos de Dios [tal como ellos se creían] estaban destinados a luchar contra los despiadados agentes de Satanás, paganos anticristos que pululaban en el mundo que los rodeaba. Las



Al examinar las interacciones de cuatro continentes que comparten el Atlántico, y viéndolos como un todo que interactúa entre sí, Bailyn reordenó la historia moderna de la profesión y ayudó a crear lo que se conoce como “historia atlántica”.

dos formas de lucha [la física y la metafísica] eran una: amenazas desde el interior [contra el alma] se sumaban con las amenazas provenientes de fuera para formar una atmósfera de intenso peligro apocalíptico”.

BERNARD BAILYN ES RESPETADO por haberse echado encima la enorme tarea de organizar el acervo no catalogado de los panfletos de la era anterior a la Guerra de Independencia, de las denuncias y especulaciones y acusaciones impresas a costa de sus autores, caballeros granjeros altamente ilustrados, comerciantes que citaban en griego y en latín (“los Ebenezer”, ahora que pienso en ellos), cuyas coloridas y reflexivas obras en su gran mayoría no se habían leído durante dos siglos. Bailyn se montó sobre esa plataforma de conocimiento para escribir *The Ideological Origins of the American Revolution*, el cual le valió el primero de sus dos Pulitzer luego de que apareciera en 1967.

Bailyn pudo haberse dedicado a ordeñar ese éxito, siguiendo investigando y publicando sobre la multitud de controversias que siguen rabiando sobre el significado de la Revolución y de la Declaración y la Constitución. Yendo hacia adelante, como hace la mayoría de los historiadores.

En cambio hizo algo inusual: dio un paso hacia atrás, no sólo en el tiempo sino en la perspectiva espacial. Puso lo que llama su “ojo cósmico” sobre una visión amplia del movimiento masivo hacia el poniente desde Europa y África hasta Norte y Sudamérica que dio inicio en 1492, e hizo la crónica de esto en su siguiente libro, *Voyagers to the West*. Al examinar las interacciones de cuatro continentes que comparten el Atlántico, y viéndolos como un todo que interactúa entre sí, Bailyn reordenó la historia moderna de la profesión y ayudó a crear lo que se conoce como “historia atlántica”.

“A partir de 1500”, escribió Bailyn en un libro anterior, “ha involucrado el desplazamiento y el restablecimiento de más de cincuenta millones de personas y ha afectado indirectamente las vidas de incontables millones más”.

Sólo que el “ojo cósmico” de Bailyn vio aún más hondo. Quiso capturar no sólo los movimientos físicos sino también las “experiencias interiores, la calidad de sus culturas, la capacidad de sus mentes, los patrones de sus emociones”. Quiso asomarse al interior de sus mentes y leerlas. El viaje de Bailyn fue un proyecto monumentalmente ambicioso, un viaje por desconocidos océanos de datos, análogo al de los exploradores del tiempo de Colón que se lanzaron a un ancho océano desconocido.

La primera sección del nuevo libro de Bailyn destaca por su apreciación tan sensata de la sensibilidad de los habitantes

originales, a los que presenta sencillamente como “americanos” en lugar de “americanos nativos”.

Bailyn atrapa esa sensibilidad mejor que cualquier otro empeño que yo haya leído: “El mundo de ellos era multitudinario, estaba densamente poblado por espíritus activos, sensitivos y sensibles, espíritus con conciencias, recuerdos y propósitos, los cuales vivían a su alrededor, los instruían, se metían con sus vidas a cada momento. No eran menos reales por ser invisibles [...] la totalidad de la vida era una empresa espiritual [...] el universo en todos sus movimientos y animaciones y naturaleza estaba bañado de un potencial espiritual”.

En persona, Bailyn manifiesta una admiración casi poética por este tipo de espiritualidad.

— ¡Todo el mundo estaba vivo! —exclama—. ¡Y el viento estaba vivo! ¡Las montañas estaban vivas!

Luego añade:

—Pero, terriblemente, no era un mundo pacífico. Siempre estaban guerreando, en parte porque la vida se desequilibraba de tal manera que exigía justificación y respuesta y represalia. Y las represalias, dentro de las vidas de ellos, son sumamente importantes. Pero, en parte, la responsabilidad está en las amenazas bajo las que ellos vivían.

—¿A las dos civilizaciones les hubiera ido mejor de no haberse visto obligadas a entrar en contacto —pregunto—, o si todas las colonias que estuvieron a punto de fracasar de hecho hubieran fracasado y las dos civilizaciones hubieran continuado por separado, tan sólo como socios comerciales?

—En general los indígenas no eran genocidas. Su empeño, incluso en la masacre de 1622 [a la que Bailyn llama “genocida” en su libro], no era borrar del mapa a los europeos. Son los ingleses luego de esta masacre los que escriben estas palabras diciendo “bórrenlos del mapa”. Pero a los indígenas se les ocurrió usarlos a ellos [a los europeos]. Querían a los ingleses en la orilla para tener el beneficio de su tesoro, de sus bienes, incluso de sus avanzadas armas. Ellos querían eso, pero bajo su control.

Y las cosas no salieron del todo así.

Bailyn no permite que ninguna de las dos culturas enfrentadas quede libre de culpas. Refiere breves viñetas de la conducta de los habitantes originales, como la siguiente: tras emboscar a cuatro comerciantes holandeses, cita Bailyn un informe, a uno” se lo comieron luego de asarlo bien. A otros dos los quemaron. Los indígenas se llevaron a casa una piana y un brazo para dividirlos entre sus familias”.

Y, por el otro lado, toma en cuenta el desfile de elementos fijos de un día de Acción de Gracias digno de escuela primaria: Miles Standish, un honorable peregrino devoto y fiel que no parece ser el tipo de persona que habría decapitado a un



Yo siempre me he preguntado cómo fue posible fundar durante siglos toda una economía sobre cuentas y conchas tal y como lo hicieron estos “americanos”. Y sin embargo, ¿no es eso lo que hemos hecho desde entonces, basando nuestra economía en objetos de metal lustrosos que cuentan con un valor declarado por consenso que no tiene nada que ver con su valor como metal?

jefe, se llevó “consigo la cabeza a Plymouth a manera de trofeo donde fue expuesta en el fortín junto con una bandera hecha con un trapo mojado en la sangre de la víctima”. (¡Feliz Día de Acción de Gracias!)

“Lo que sucedió”, sigue Bailyn, “es que a lo largo de este periodo se desarrolló un legado de brutalidad en las relaciones interculturales del cual, desde luego, el legado apabullante fue la esclavitud”. Bailyn señala que aunque sólo había “unos cuantos miles” de esclavos en las colonias hacia el final de la Guerra del rey Felipe en la década de 1670, cuando él concluye *The Barbarous Years*, “las reglas para el cautiverio ya estaban establecidas”.

Y de esta manera la herencia de los años bárbaros continuó después de la liberación del blanco tras la Revolución.

Bailyn es fascinante cuando habla de las cuestiones del valor. El día que conversamos fue la cima de la febril noción por la que el gobierno de Estados Unidos debía arreglar su deuda nacional acuñando una moneda de platino a la que se le daría el valor arbitrario de un “tres millones de millones de dólares”. Y eso me recordó al *wampum*, la moneda original de los naturales. Yo siempre me he preguntado cómo fue posible fundar durante siglos toda una economía sobre cuentas y conchas tal y como lo hicieron estos “americanos”. Y sin embargo, ¿no es eso lo que hemos hecho desde entonces, basando nuestra economía en objetos de metal lustrosos que cuentan con un valor declarado por consenso que no tiene nada que ver con su valor como metal?

Así que le pregunté a Bailyn por qué se aceptó en el canje al *wampum* en lugar de un bien mucho más valioso, como las pieles.

Bailyn: “Son conchitas”.

Yo: ¿Pero por qué se ha de masacrar la gente entre sí por estas conchitas?

Bailyn: Porque tienen un gran valor.

Yo: ¿Por su belleza?

Bailyn: No, porque son difíciles de hacer y porque no existen en todas partes. ¿Alguna vez vio cómo se hacen?

Yo: No.

Bailyn toma una concha imaginaria de la superficie de su mesa de trabajo y dice: Muy bien. Toman una conchita como esta y luego le hacen un pequeño orificio por la mitad con el fin de engancharla con la siguiente y realizar un patrón de color. ¡Es difícil de hacer! Y adquiere valor.

Yo, pensando en los conjuntos domésticos de cuentas que solía hacer mi madre: ¿No es arbitrario?

Bailyn reconoce que no está metido en la “literatura sobre el *wampum*”.

—¿Existe una literatura sobre el *wampum*? —pregunto.

—Usted cree que estoy bromeando. Hay expertos en el *wampum* ¡y no se andan con bromas!

Nuestra discusión sobre el *wampum* nos lleva a la fascinante controversia sobre el “precio justo” en las comunidades puritanas, la discusión sobre cuánta ganancia debe obtener una persona piadosa en una determinada transacción.

La teoría del mercado libre dicta que sólo debe haber un motivo en la cultura económica: obtener la máxima ganancia. Pero los primeros colonos integraron la piedad y la humildad a sus vidas económicas. Las consideraciones espirituales. Una de las historias predilectas de Bailyn es la de un mercader inglés que no podía dejar de confesar el pecado de cobrar de más.

—Robert Keayne —recuerda Bailyn— era un comerciante puritano de Londres, sumamente propio, que la hizo en grande y puso aquí un comercio y luego fue detenido por cobrar de más.

—¿La persona que escribió una amplia apología? —pregunto al recordar este episodio en el libro de Bailyn.

—Keayne escribió muchísimo, de manera compulsiva sobre su arrepentimiento —contesta Bailyn.

—Unas cincuenta mil palabras ¿no es así?

—¡Increíble! —exclama—. Un testamento de cincuenta mil palabras que explora todo el asunto de revalorar, engañar y demás. Y yo publiqué su testamento completo, 156 páginas en el original. Y la pregunta es si se puede ser un buen cristiano y hacer dinero. Vea que estaban atrapados en un dilema. Max Weber empezó todo esto [con *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*].

Weber sostenía que los protestantes estaban obsesionados por hacer dinero y por crear centros urbanos de riqueza para exhibir sus riquezas porque eran la señal exterior de que uno estaba salvado, de que había sido elegido por Dios para entrar en su gracia y ser redimido. Pero de hecho la mayoría de los hereáticos protestantes que se establecieron en América creían que la salvación era un asunto entre Dios y el individuo, sin importar su cuenta bancaria, y que demasiada riqueza podía significar lo contrario exactamente de la santificación: avaricia y degradación espiritual. De ahí la controversia sobre el “precio justo” y lo que el historiador económico británico R. H. Tawney llamó la “doble encrucijada”, teoría adoptada por Bailyn. “Ellos estaban en contra del exhibicionismo”, me dice Bailyn. “Existían prohibiciones morales en contra de ganar lo más que se pudiera ganar, ¿eso no era bueno! Había que ganar dentro de ciertas limitaciones. Hay una abundante literatura al respecto”.

Esto lleva a pensar en el contraste del fondo de cobertura de nuestra cultura que venera la riqueza, en nuestra actitud conflictuada hacia el “uno por ciento”: la envidia y la desaprobación moral. Tal vez los jueces debieran sentenciar a los comerciantes



Luego se volvió bautista y eso no fue bueno. Se dedicó a desprender todos los ropajes del cristianismo organizado hasta que no dejó nada. Y terminó en una iglesia propia en compañía de su esposa y de unos cuantos indígenas. ¡Fue un fanático que recorrió todo el espectro!

deshonestos a escribir apologías de cincuenta mil palabras durante su estancia en la cárcel.

El hablar del precio me llevó a pensar en la cuestión dominante de la primera América: de si la barbarie, la tortura, el asesinato —la limpieza étnica— que Bailyn describe en *The Barbarous Years* fue el precio inevitable que tuvimos que pagar por la civilización que vendría más adelante.

Cuando pregunto si pudo haberse dado otra forma en la que las razas interactuaran, diferente a la mutua masacre, Bailyn saca una de las pocas figuras que surgen con honor de su crónica de esta etapa salvaje: Roger Williams.

—Hubo personas que trataron de tener relaciones raciales amigables —dice—, pero esto se rompió una y otra vez.

Yo siempre había admirado a Roger Williams por su fe en la tolerancia religiosa, la cual existió en su colonia en Rhode Island, un lugar en el que todos los disidentes, podían hallar un hogar para vivir su fe como quisieran. Y lo admiraba por plantarse como un recordatorio para ciertos fanáticos contemporáneos de que Estados Unidos fue un refugio para gente que creía que debía existir una separación entre la iglesia y el Estado —y que ambas, iglesia y Estado, estaban mejor así, sentimientos que entraron en la Primera Enmienda.

Sólo que en el relato de Bailyn, Williams se convierte asimismo en un gran personaje americano. No sólo estuvo cerca de los habitantes originales, sino que podía hablar sus lenguas y tuvo la humildad para reconocer que podía aprender de ellos.

Le comento a Bailyn lo bien librado que como personaje sale Williams.

—En fin, pero la gente en ese tiempo no creyó que lo fuera. Era un perfeccionista. Y ninguna forma del cristianismo era suficientemente buena para él. Él empezó con la Iglesia de Inglaterra. Era una persona muy extraña. Era un fanático.

—¿Pero su fanatismo no lo condujo a la tolerancia?

—Sí, pero esto no fue el gran tema para él. Él trataba de encontrar la forma adecuada de cristianismo. Él empezó con la Iglesia de Inglaterra y eso fue muy tolerable. Luego se volvió bautista y eso no fue bueno. Se dedicó a desprender todos los ropajes del cristianismo organizado hasta que no dejó nada. Y terminó en una iglesia propia en compañía de su esposa y de unos cuantos indígenas. ¡Fue un fanático que recorrió todo el espectro!

—Pero no fue un fanático que persiguiera a los otros.

—No, no lo fue. Por ese motivo lo odiaron... era alguien complicado. Era una persona bien educada, era un caballero, ¡pero era un loco! No sabían qué hacer con él. Entre sus opiniones, en primer lugar, estaba el que uno no se apropiaba de territorios indígenas. Uno no los poseía, no los tomaba. Y a la gente

se la trataba con civilidad y no existe pureza en ningún periodo del cristianismo, de ahí la tolerancia.

—¿Eso qué tiene de loco? —pregunté.

—Usted no vive en el siglo XVII.

—¿No está diciendo usted que es un loco desde la perspectiva del siglo XXI?

—No, ciertamente no. Él se volvió famoso por todo esto, después. En su momento la gente lo odió. Porque rompía la unidad del cristianismo. Uno de sus contemporáneos tuvo una frase maravillosa para Williams. Él es, sobre todo, un “no-cordero”. Que este sujeto no era un cordero. Claro que no lo era. Pero se acercó a los indígenas, los conoció bien, vivió con ellos.

Se quedaron conmigo las descripciones que ofrece Bailyn de los numerosos aspectos contradictorios del carácter de Williams. Fanático, pero tolerante. Un marginado, pero marginado por él mismo. Dispuesto a que en su tiempo lo vieran como un “loco”. Un sentido visionario del rumbo hacia un mejor futuro en ese siglo oscuro. Mucho del carácter americano, como Williams, surge de los años bárbaros. Y ese siglo dejó su sello en nosotros. No la parte del “fanático loco”, aunque ahí esté. Pienso en esa palabra compuesta que le gusta a Bailyn sobre Williams, “no-cordero”. Eso es lo que somos nosotros.

El destino de los pueblos

Eduardo Nicol

Eduardo Nicol (1907-1990) nació y realizó sus primeros estudios de filosofía en Barcelona. En 1938 emigró a México, donde revalidó sus estudios, se naturalizó y se sumó a la planta de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es autor de una obra basta y luminosa, en la que destaca su tríptico: *El porvenir de la filosofía*, *La reforma de la filosofía* y *Crítica de la razón simbólica*. Este artículo fue tomado de la entrega de noviembre de 1942 de la revista *Full Català*, editada en la ciudad de México. Traducción de Anna Ribera Carbó.

No solamente los hombres, también los pueblos tienen destino. Entendemos por destino, en la vida, no un término de-

